



"La agresión" ("L'agresion", 1975), de Gérard Pirès.

cativa. Cambia la circunstancia histórica, porque mientras "Le vieux fusil" se desarrolla durante la ocupación nazi en Francia y es contra miembros de las SS como se lanza el protagonista (un médico que se ha querido mantener al margen de la política, lo que implica en el film algunas connotaciones sobre el colaboracionismo), en "L'agresion" es una banda de motoristas que recorren las actuales autopistas francesas quienes ocupan el objetivo de la escopeta del "justiciero". Pirès —al contrario que Enrico— intenta al final de su película darle la vuelta al esquema, mostrando el trágico error en que dicha acción justiciera puede caer fácilmente. Pero lo hace de manera tan gratuita, dentro de una película que cabe definir globalmente así, que su giro en la conclusión apenas tiene ningún valor. Ni Enrico ni Pirès hacen otra cosa que contribuir —sin analizarla jamás, sin reflexionar sobre ella, sin buscar sus motivaciones— a una violencia que obtiene en su país de origen buenos dividendos comerciales. Porque situarla entre los nazis o exculpar a las bandas motorizadas no es así más que una coartada de conciencia. ■ FERNANDO LARA.

brimiento de nuevas formas de entendernos; la invención surrealista en un medio cotidiano por la que aparecían claramente marcadas las características absurdas de nuestro mundo, fue-

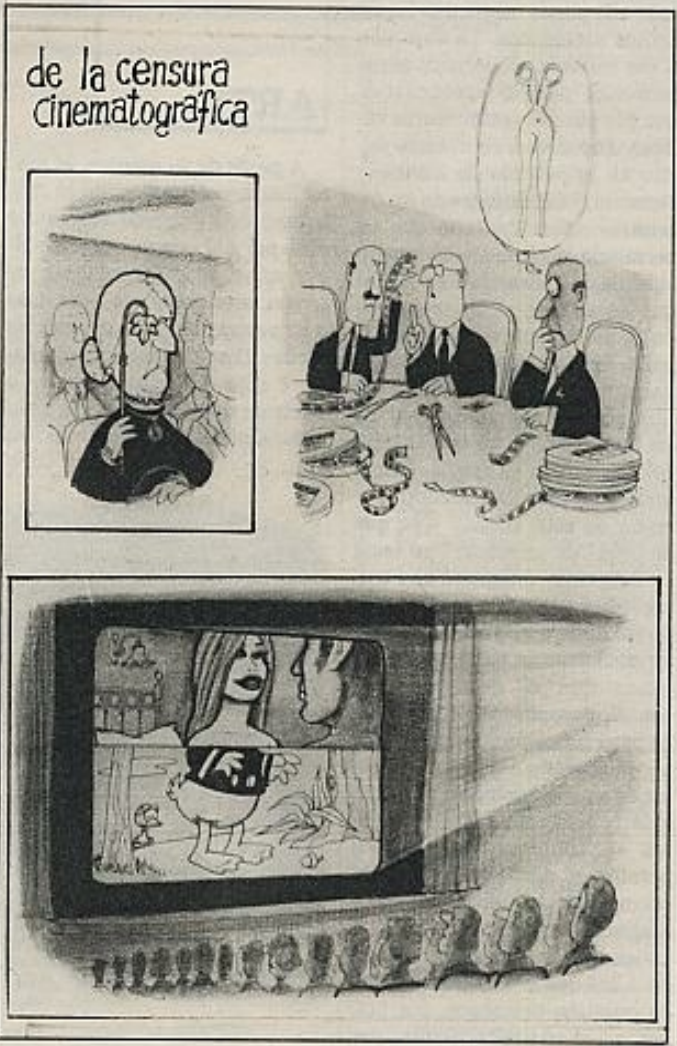
ron, al margen de la delirante diversión que suponían sus películas, algunas de las características que Richard Lester ofreció en sus primeros films —"¿Qué noche la de aquel día!", "The Knack", "Help!" y hasta "Golfus de Roma"— y que le convirtieron no sólo en el clásico "nuevo valor" de la moda, sino en un determinante de otros muchos realizadores. Aunando en su particular visión del cine las experiencias de la "nouvelle vague" francesa con el sentido crítico del "free cinema" inglés y su experiencias técnica adquirida en la televisión norteamericana, Lester ofrecía una síntesis imaginativa de todo ello, destruyendo lo caduco y definiéndose a favor de la libertad de expresión, de costumbres, de pensamiento...

Poco a poco, sin embargo, se le ha ido constriñendo a un tipo de películas en las que Lester sólo podía transformar elementos ofrecidos de antemano, no

crearlos desde su origen. Y así, títulos como "Los tres mosqueteros" o "El enigma se llama Jungergaunt" tenían, por supuesto, elementos "lesterianos", pero a condición de respetar las claves primitivas que daban pie a las historias; en un caso, la superproducción que mantenía la nueva versión de la novela de Dumas; en otro, los esquemas ya tradicionales del cine de "catástrofes". Si bien Lester no sucumbió plenamente a las miserias estéticas e ideológicas de la gran industria, no pudo tampoco imponerse totalmente sobre ellas.

Surge en esta trayectoria "Royal Flash", otra superproducción con reparto "famoso" que obliga de nuevo a Lester a determinadas concesiones. O, que de cualquier manera, no le permiten continuar aquel arranque prometedor de su carrera. Con "gags" dispersos —y no siempre conseguidos, aun muchos, justo es reconocerlo, imaginativos y divertidos— se va montando esta historia que bebe tanto de las historias de "Flashman" como de "El prisionero de Zenda". Quizá la anarquía de Lester sea más palpable en su desprecio por los elementos con los que rueda: los grandes actores, los espléndidos decorados, la bellísima fotografía. Su película parece ir a la contra de esos adjetivos, ayudándose así en su versión iconoclasta del cine de gran espectáculo. Pero no es suficiente. La película carece de coherencia, limitándose los "gags" a funcionar por acumulación, nunca convirtiendo la obra en una unidad revulsiva.

Puede que la decadencia de Lester esté vinculada a la transformación de la generación a la que se dirigía —que groseramente podemos identificar con la que conmovió a los Beatles—; transformados los valores estéticos que la representaban, Lester no ha sabido, o no ha podido, vincularse a las nuevas expresiones, y, con ello, a las temáticas que, hoy por hoy, pudieran servir de canal a la lógica y positiva necesidad de reírse de los santones que nos rodean y, de alguna manera, destruirlos. Lo que antes era combativo, por su mera repetición, se ha quedado en ingenuo, aunque, bueno es repetirlo, no exento de humor. ■ D. GALAN.



Aquel lejano Lester

El humor como arma destructiva, como invitación al descu-